

COMUNICAR CON CARIDAD Y CLARIDAD

Decir la verdad con caridad es la expresión que S. Pablo nos propone en una de sus epístolas, sintetizando las enseñanzas evangélicas. Se trata de hablar con sinceridad y sin necesidad de clavarle demasiadas agujas a nuestro interlocutor. Si así lo hacemos, facilitaremos el mutuo entendimiento, la comunicación, un pilar fundamental de la convivencia, la base de nuestra sociabilidad.

PEQUEÑAS ISLAS

En nuestra época, los medios de comunicación gozan de una primacía privilegiada. Simultáneamente, y de modo paradójico, vivimos más independientes que nunca, como pequeñas islas en medio de un gran océano. Es muy frecuente ver en la calle a una persona con cascos, y ajena a su entorno; otra en una mesa de un bar, centrada en la pantalla de su ordenador; y una tercera, saliendo de una reunión para atender el móvil. Lo mío brilla con mucha más fuerza que lo nuestro.

Parece que no somos conscientes de que los demás nos necesitan y nos están esperando. Hemos puesto el centro de gravedad dentro de nosotros mismos. De este modo la comunicación no nos relaciona con los demás, no nos ayuda a abrir la puerta hacia afuera, viene a llenar nuestros deseos de individualidad. La esencia de la comunicación, al facilitar nuestro propio egoísmo, queda pervertida. Hay que cambiar, trasladar el centro de gravedad fuera, cuanto más lejos mejor, porque seremos más estables.

Por eso es cardinal que sepamos comunicar y comunicarnos. Y como no nacemos aprendidos, hemos de ad-

quirir esos hábitos con esfuerzo. La ventaja es que con poco empeño se avanza mucho.

TRES ASPECTOS

Al considerar la comunicación encontramos tres aspectos: la emisión de un mensaje, la transmisión y la recepción. Las tres funciones se han de realizar del mejor modo posible. Describir el proceso es muy sencillo, pero vivirlo no resulta tan fácil. Valorando la dificultad que entraña hacer las cosas bien, comprendemos que entre el mensaje de salida y el de llegada puede haber grandes diferencias.

Es conocida la experiencia del mensaje que se transmite oralmente al primero de la fila, para que lo haga llegar al se-



gundo, y así, sucesivamente. No son necesarios muchos escalones para que el mensaje aparezca completamente desvirtuado. Ha fallado la transmisión.

En otras ocasiones emitimos el mensaje deformado y con la misma frecuencia se deforma al recibirlo. Por ejemplo, si al empleado que llega tarde al trabajo, el jefe le dice: "Antonio, tenemos muchos asuntos pendientes". Antonio puede recibirlo pensando que efectivamente hay asuntos pendientes, pero que como los va terminar esa mañana, no hay problema alguno. Se desvirtúa la esencia del mensaje, que pretendía recordarle que tiene que cumplir el horario establecido. Si pasado un tiempo se produce un despido por este motivo, el desconcierto estará servido. Si el ejemplo lo trasladamos del campo laboral al militar se puede generar un desastre; y si lo llevamos a un campo más íntimo, como la vida familiar o conyugal, puede tener también graves consecuencias. En el peor de los casos puede haber fallos de emisión, transmisión y recepción.

Por regla general las mujeres comunican mucho más que los hombres, cosa muy importante. Los hombres, en cam-

bio, tenemos a nuestro favor que comunicamos más directamente. Saberlo ayuda a la convivencia. En uno y otro caso se debe tener en cuenta, que siempre hay errores en la comunicación. No son trastornos patológicos, son imperfecciones que están presentes en la vida del hombre en todos los aspectos, y que no nos pueden extrañar. Conocerlos nos ayuda a corregirnos.

LA INTELIGENCIA EMOCIONAL

Hay un factor esencial en la comunicación al que aún no hemos hecho referencia: la inteligencia emocional. Esa capacidad de acoger el mensaje del otro en su plenitud y con muy poco esfuerzo, porque se interpretan con acierto los gestos, las formas de expresión o las actitudes. Esa cualidad nos ayuda a ponernos en lugar del otro y con acierto. Es un don que tienen algunas personas por naturaleza y otras porque han aprendido a vivir para los demás.

Recuerdo en el colegio que los profesores nos insistían en que las frases las construyésemos teniendo en cuenta las partes de la oración: sujeto, verbo y predicado. Cuánto puede ayudar esta indi-

cación, en la vida profesional y familiar, a establecer una correcta comunicación. Hoy tenemos más medios, pero no los aprovechamos tanto, y me parece percibir que hay un alto porcentaje de alumnos que terminan su escolaridad sin haber alcanzado un grado medio de expresión oral y escrita. Después la reducción del vocabulario, las abreviaturas del móvil y el descuido del latín y griego, hacen el resto.





Hablar bien es difícil, y escribir, aún más difícil. Expresarse bien, con los gestos correctos, es tarea de gigantes, pero a esos aspectos hemos de atender si queremos ser buenos comunicadores. En la vida social estamos descuidándolos y se observan gestos y expresiones inadecuadas, faltas de moderación, de educación. Efectivamente son convencionalismos, pero nos ha costado siglos establecerlos y hemos de procurar mantenerlos y valorarlos. El tenedor, el plato y la copa generan incomodidad hasta que uno se acostumbra a usarlos, y siempre dan trabajo, pero atenúan los efectos negativos de una comida en común, y permiten aprovechar un clima de fácil relación. En la comida en torno a la mesa y en la sobremesa se han resuelto el cincuenta por ciento de los problemas de la humanidad. Si se demuestra bueno, cuidémoslo y no despilfarremos esa herencia.

Del mismo modo en el lenguaje se han acuñado muchas expresiones que nos benefician. El por favor, muchas gracias, pase usted, el uso de señor, señora, caballero, etc. nos disponen a un trato más esmerado con las otras personas y facilitan la apertura necesaria para recibir bien el mensaje.

Hemos de cuidar las cosas pequeñas. Los pequeños detalles, sin importancia aparente, se revelan en el fondo, vitales. Por ejemplo si al salir de casa decimos a dónde vamos y cuándo volveremos, todo funciona bien. Por el contrario si no lo decimos, y pensamos que vamos al mismo despacho de todos los días y lo damos por supuesto, lo estamos haciendo mal, porque esa fórmula nos permitiría cambiar el plan sin ninguna dificultad, dejando a las personas que nos despiden en casa desorientadas. Cuando se den cuenta de que hemos olvidado el móvil nos lo enviarán a la oficina justo cuando volvemos a recogerlo.

ALGUNAS SUGERENCIAS

Para avanzar y perfeccionar nuestro modo de comunicar, se me ocurre sugerir los puntos siguientes:

- Es conveniente saber que somos distintos. Lo que a unos hace gracia a otros les molesta.
- Ofrecer a los demás la respuesta que esperan, para lo cual hay que atender bien y no adelantarse al interlocutor.
- Preparar de antemano el mensaje. Saber claramente lo que queremos decir, escribir o expresar. Puede ayudarnos disponer de un pequeño guión.
- Evitar los prejuicios, que nos llevan a suponer lo que vamos a recibir, y frecuentemente nos quedamos con un mensaje falso.

- Manifestar lo que nos pasa, en lugar de dejar a los demás la tarea de adivinar nuestro silencio o inexpressividad.
- Corregir errores es fundamental, porque nos ayuda a mejorar eficazmente y, además, transmite a los otros, que aceptamos los mensajes de rectificación y que queremos establecer una comunicación correcta.
- Ahora está de moda la creatividad y la hemos de emplear para mejorar nuestra comunicación, inventando nuevos cauces y haciéndolos más fluidos.

Los ámbitos de la comunicación son muy diversos, desde la convivencia familiar hasta una propaganda del signo que sea, pero se preparan del mismo modo, eligiendo claramente el fondo y enriqueciendo la forma. Y a veces resulta muy difícil resolver adecuadamente una crisis. Recuerdo a un sacerdote que dejó el crucifijo que llevaba en el bolsillo sobre la mesa del despacho, mientras le observaba un niño judío. El niño entre asustado y asombrado preguntó en batería: ¿Quién es éste? ¿Por qué le han matado así? ¿Quiénes le mataron? El sacerdote contestó a todas las preguntas, pero teniendo que hacer un serio esfuerzo para no herir a su interlocutor.

EL CENTRO DE GRAVEDAD

Los medios de comunicación son los que transmiten el mayor número de mensajes, pero también el cine, el teatro, la poesía, la fotografía y las tertulias, son otros campos en los que se llega a mucha gente.

También tenemos necesidad de hablar con Dios y hemos de aprender a abrir esa vía, que nos comunica con la trascendencia. Lo primero es alejar de nosotros el centro de gravedad, porque de otro modo el mensaje que nos llegará será

algo así como: “Hijo mío que estás entre los hombres, acuérdate que debes dar gloria a Dios y santificar Mi nombre, que ése es el sentido de tu vida, si quieres llegar al Cielo. Te doy pan abundante cada día y te perdonaré en cuanto perdones a tu vecino. Evita caer en la tentación, si quieres librarte de males peores”. Si lo hacemos recibiremos muchas ayudas, como la de aquél SMS enviado para felicitar el aniversario de boda, que recibió el marido cuando pensaba marcharse de casa, y le ayudó a cambiar la posición e invitar a su esposa a celebrarlo. En este trato con Dios la grandeza está en evitar el ruido que, en ocasiones, provocamos nosotros mismos para no comprometernos.

Ése es otro punto crucial en la comunicación, el compromiso. El don de la palabra es tan excelso, que aparece como uno de los atributos humanos que más nos asemeja al creador y nos diferencia de los animales. A imagen de Dios realizamos lo que decimos, cuando hablamos con verdad. En un proceso complejo de pensamiento, palabra y acción, damos vida a nuestras ideas y plasmamos nuestra vida en el lienzo de cada día. Por el contrario nos corrompemos cuando las palabras crecen sin raíces, son falsas. Y nunca logramos engañar a nadie, tanto como a nosotros mismos.

Antes hemos visto que uno de los rasgos de la sociedad actual es el individualismo, que deseáramos desarraigar, por eso es muy conveniente que comuniquemos, que nos relacionemos. A lo largo de la historia, las ideas que han generado cultura y desarrollo, han sido las que han sumado, las de los hombres que ha sabido formar equipo, las que han recogido en un mismo recipiente aportaciones de unos y otros: la convivencia de diferentes culturas, la suma del capital al trabajo, y un largo etcétera entre los que se incluye la comunicación.

Juan Ángel Brage